

RECENSIONES

Felipe Criado Boado. *Arqueológicas. La razón perdida. La construcción de la inteligencia arqueológica*. Serie Bellaterra Arqueología, Edicions Bellaterra. Barcelona, 2012, 416 pp. ISBN 13: 978 84 7290 567 2. Disponible como aplicación digital para dispositivos móviles iOS elaborada por Chocosoft S.L.: www.arqueologicas.com; <http://itunes.com/apps/arqueologicas>

En *Arqueológicas* no se encontrará un manual de consulta sobre corrientes teóricas en arqueología o sobre la historia de la disciplina. *Arqueológicas* es una obra sobre teoría, y en menor medida sobre método, aplicables a la arqueología. Es ambiciosa en sus objetivos y generosa en la amplitud de la perspectiva para abordarlos.

La ambición está en proponerse dejar atrás las fallas y limitaciones del pensamiento moderno en arqueología, cuyas diferentes versiones la habrían condicionado negativamente desde sus inicios. Aquí también quedarían incluidas las arqueologías “posmodernas” (sin “t”), incapaces, según Criado, de zafarse del individualismo subjetivo típico del sistema de poder-saber moderno, pese a haberlo criticado.

Permanecería vigente el objetivo de alcanzar un auténtico horizonte “postmoderno” (con “t”), que inaugure lógicas de racionalidad y de inteligencia arqueológica ajenas a las servidumbres a las que aún nos somete la modernidad tardía. Además, la perspectiva amplia del libro nos conduce por temas y cuestiones planteadas desde la filosofía, la antropología, la sociología o la historiografía, en el convencimiento bien fundado de que la arqueología comparte sus trayectorias y problemas, y que, a menudo, ha mostrado su retraso y dependencia respecto a derivas y alternativas de producción ajena.

El hilo expositivo de *Arqueológicas* no es lineal, siempre se preocupa por desplegar un escenario global sin perder de vista el ámbito arqueológico.

La obra, tras una prolija introducción, presenta en el primer capítulo una periodización no estrictamente secuencial de las principales propuestas en la historia de la arqueología, bajo las etiquetas de “arqueología de la forma” (tradicional o histórico-cultural), “de la función” (procesual) y “del sentido” (posprocesual).

El pensamiento y la práctica vinculados con la gestión del patrimonio arqueológico definen la cuarta, actualmente en desarrollo. Es problemático situar esta categoría

en el mismo plano que las tres anteriores, porque no introduce un conjunto novedoso de actividades y problemas (siempre se ha gestionado el patrimonio, como Criado admite) y, además, se distancia de las restantes por preocuparse menos de investigar que de difundir lo ganado por la investigación. Pese a ello, destacar la creciente relevancia de esta actividad en lo arqueológico, en términos de esfuerzo profesional y de justificación hacia la sociedad, a la vez que se advierte el vacío teórico en que puede llegar a desarrollarse, bien merecen las páginas que le dedica el libro.

El capítulo 2 se sitúa en la perspectiva más general posible, la que aborda el tema y los problemas de la interpretación y la hermenéutica, entendidas como actitudes y prácticas ineludibles en la producción de significado. La arqueología quedaría afectada directamente, al centrar su quehacer en significar el pasado social.

Del repaso de distintas posiciones en la tradición hermenéutica se desprende que no cualquier tipo de interpretación convendría por igual. Reducir la subjetividad individual vertida en las interpretaciones tradicionales y lidiar con el relativismo que se desprende de ver lo diferentes que pueden ser las interpretaciones de unos mismos objetos, serían obstáculos que una propuesta auténticamente “postmoderna” debería salvar. Cualquier interpretación no vale (capítulo 3). Contra las derivas solipsistas del subjetivismo centrado en el individuo, Criado pretende limitar la empresa interpretativa reconsiderando los contextos empíricos objeto de la mirada hermenéutica y, principalmente, des-centralizando el sujeto moderno para favorecer nuevos horizontes de racionalidad. Esta búsqueda le coloca en la senda del estructuralismo de Lévi-Strauss (capítulo 4) al que postula como modelo metodológico aplicable en arqueología. De hecho, la arqueología sería la encargada de *pre-historiar* un estructuralismo injustamente criticado, según Criado, de defender una concepción estática de lo humano que niega su historia, y de reducir la acción social al efecto de un juego de formalismos mentales. Los últimos capítulos resultan clave. En el 5 se esboza la metodología arqueológica de la propuesta y, en el 6, su plasmación empírica (su aplicación en las sociedades prehistóricas) y sintética (formulación de modelos generales para la interpretación de estas sociedades). “Finale”, un último guiño de complicidad con las *Mythologiques* de Lévi-Strauss, un breve apéndice y dos extensos apartados de notas y referencias bibliográficas finalizan la obra.

Sorprende en primer lugar que, admitida la necesidad de contemplar y analizar lo arqueológico con amplitud de miras, *Arqueológicas* renuncie a considerar los textos de Marx y de la tradición marxista. Quien pensara que la incidencia del marxismo en arqueología ha sido menor habría de ingeniárselas para restar importancia a aportaciones capitales como las de V. Gordon Childe, entre otras de autoría más reciente. Ese silencio sorprende tanto más cuanto que Criado mismo reconoce a cierto “marxismo crítico” el mérito de proponer “el modelo más adecuado para comprender el cambio social” (p. 317). Si se aborda el tema general de la producción de sentido en el pensamiento contemporáneo, soslayar a Marx supone renunciar a herramientas, problemas, soluciones, críticas y políticas contra, junto o pese a las cuales ha trabajado una parte destacada de la filosofía y la política desde hace siglo y medio.

La anterior objeción incide en lo que *Arqueológicas* deja aparte, pero la consistencia de esta obra exige que se la considere en lo que propone positivamente.

Son múltiples las cuestiones de interés que se plantean a lo largo del texto pero, para ello, tal vez sea conveniente situarse en el capítulo 5, cuando el discurso ha superado el posicionamiento teórico general y afronta la labor específicamente arqueológica. Ya se dijo que Criado, en su propuesta de raíz estructuralista, pretende dejar atrás la modernidad arqueológica. Opina que sus versiones más recientes, las arqueologías del sentido o “posmodernas”, se apoyaron en pensamientos situados en la postmodernidad (como el de M. Foucault), pero derivaron en prácticas interpretativas prisioneras de las formas de subjetividad tradicionales. *Arqueológicas* plantea sustituir la aproximación arqueológica posmoderna basada en la metáfora del texto, de la lectura, por otra visual, de la mirada, según la cual la materialización que va a originar el registro arqueológico responde a una estrategia para visibilizar algo previamente estructurado por el pensamiento y el lenguaje: “todo lo visible es simbólico” (p. 267). Este enunciado es de un orden equiparable al de “no hay nada fuera del texto”, tomado de la filosofía derridiana por una posmodernidad arqueológica que defendía que lo social se sustenta y construye a imagen y semejanza de un continuo de escritura(s) y lectura(s) siempre interpretativas. Ambos son equiparables en cuanto expresan una misma ontología y, por tanto, la misma voluntad de que nada quede fuera de ella: la realidad social es una realidad construida reflexivamente. Ahora bien, ambas presunciones resultan problemáticas. Afirmar ahora que *todo lo visible* significa equivale a decir que todos los objetos y cosas observables son símbolos y que, por tanto, forman parte de un código, red de significación o lógica socialmente compartida. Sin embargo, a esta idea se opone la imposibilidad de que cualquier sociedad idee y use dicho código omnicomprendido. Semejante capacidad sólo podría ser

ejercida por un ente comparable al que mucha gente denomina “Dios”. Proponer que el método semiológico pueda ser aplicable a ciertas manifestaciones de la vida social (en especial las expresamente significativas, como los relatos míticos, la literatura o el arte en general) no es como afirmar que todos los objetos materiales funcionan como símbolos, a modo de etiquetas visuales de una estructura conceptual. El que no todos los objetos y cosas materiales *signifiquen*, no impide que nos influyan o que hayamos generado saberes que los incluyan. Para desarrollar la función comunicativa, los grupos sociales seleccionan objetos ya disponibles (naturales o artificiales, por entero o sólo algún aspecto de los mismos), o bien fabrican otros. Su fin es obrar como símbolos, esto es, establecer una referencia hacia otros objetos, acciones o realidades distintas de ellos mismos, ausentes del contexto de comunicación. Así ponen en marcha relaciones de significación que más tarde reconoceremos como códigos. Los símbolos pueden ser arbitrarios, pero no infinitos: conforman un subconjunto, limitado aunque históricamente cambiante, en el conjunto de la materialidad social.

Arqueológicas no avanza un método o criterio que distinga los objetos o subconjuntos de objetos que *significan*, ya sea como cometido exclusivo o no, de los que *no significan* pese a ofrecerse sin obstáculos a la mirada. Sin esa herramienta para diferenciar entre símbolos y objetos que no lo son, quedaremos de nuevo a merced de las decisiones del sujeto-arqueólogo, redactor y protagonista oculto de la narración, quien dirige y enfoca su mirada hacia ciertos objetos *distinguidos* (en apropiada apreciación de Lull 2007), entre los que se incluye su propia subjetividad. Seguiremos bajo el dominio del sujeto moderno. No obstante, el sujeto de la modernidad del que Criado trata de desprenderse también está sujeto, al responder a un abanico limitado de formas de expresión. El autor añade variación al abanico, pero sigue formando parte de él. Lo apreciamos al analizar estructuralmente su propuesta y hallar que respeta un proceder afín al de otras arqueológicas. En síntesis, asume que (1) todos los objetos poseen una carga simbólica, que (2) su distribución en el teatro de lo visible y de lo invisible conforma y responde a una sintaxis o “estrategia de visibilización” (a cuya identificación aporta Criado una vía analítica elaborada y sugerente: pp. 274 y ss.) y que, (3) ante la imposibilidad epistemológica de acceder a su dimensión semántica original, no queda más remedio que acudir a la antropología en busca de un modelo de racionalidad o subjetividad alternativo más adecuado que el “nuestro”. Sustitúyase “carga simbólica” por “función” en (1); cámbiese “estrategia de visibilidad” por “regularidad” o “pauta”; asúmase “patrón de racionalidad” como conjunto de normas que guían el comportamiento material en (1) y (2), y manténgase el protagonismo de la significación antropológica en (3), y la vecindad estructural entre la “arqueología de

la función”, ciertas “arqueologías del sentido” y la propuesta final de *Arqueológicas* resulta difícil de negar. La única salvedad en (3) se debe a un cambio en el referente semántico de raíz antropológica: Lévi-Strauss, Clastres o Ingold ocupan el lugar de Service, Fried o el primer Sahlins para el procesualismo; de Meillassoux, Rey o Godelier para las interpretaciones funcionalistas en clave marxista; de Geertz, Turner o cualquiera de los anteriores para el polimorfo posmodernismo.

En *Mythologiques*, Lévi-Strauss trató de mostrar que los mitos “se pensaban entre ellos” y que variaban de unos a otros conforme reglas y esquemas independientes de la subjetividad de los individuos que los recitaban. *Arqueológicas* muestra en su propio despliegue que las propuestas arqueológicas, como algunos mitos, pueden variar y, a la vez, mantener conexiones estructurales profundas. Esta comprobación subraya la dificultad de la arqueología para generar un conocimiento sobre lo social independiente de una interpretación importada. Se consigue que los objetos ilustren, pero no que respondan. La voz que nos llega procede de quienes los manejan en el presente etnográfico, intérpretes inmersos en contextos de observación participante. La adoptan arqueo-lógicas expertas en idear y aplicar procedimientos y protocolos formales que, a la postre, parecen no bastar para llegar a conocer el sentido y el significado de las relaciones sociales que la materialidad hizo posibles.

Sin afianzar este último paso, difícilmente pueden considerarse “superadas” las arqueologías posmodernas. No basta con subsumirlas bajo la noción de “pospasado” (o de “postarqueología”, como aventuramos Lull *et al.* 1990) y, como hace Criado, aplicarles juicios de valor negativos. Reprochar a la posmodernidad arqueológica “excesos subjetivistas”, “efectos negativos”, o que algunas de sus propuestas “degeneraron” en “hiperhermenéutica” (en especial, pp. 198 y ss.), requeriría establecer “la justa medida” interpretativa, una tarea difícil si no imposible. Valorar sólo desde una actitud crítica los textos de M. Shanks y C. Tilley (1987), por citar a los “arqueólogos del sentido” tal vez más formados y atrevidos, ni les hace justicia ni les haría callar. A la pretensión del pospasado/postarqueología de que la ruptura de nuestro presente con el pasado es radical, de que el intento por reconstruirlo, recuperarlo o representarlo es vano, y sólo queda des-centralizar la arqueología de esas pretensiones y borrar las fronteras interesadas que hoy marcan los límites de su discurso, habría que oponer un método capaz de extraer información inequívoca de los objetos, de avanzar categorías relacionales que los consideren, aislados y en sus contextos de reunión, para fijar un sentido que puede ser distinto en cada caso pero no arbitrario. Una tal descripción mediada por categorías relacionales habría de desvelar el sustento de los objetos en cualquier relación social y, en consecuencia, la relación misma. Al ser material tanto el camino de

los objetos como el de las relaciones que auspician, cabría preguntarse por el estatuto de lo que Criado llama “patrón de racionalidad”. Considerado en singular y entendiéndolo como instancia mental que rige y organiza la materia, la cuestión remite a la vieja polémica entre idealismo y materialismo, al parecer aún no zanjada a favor del segundo pese a la obvia precedencia de la materia respecto a la idea. Sostener que los objetos *son* y *están* porque son “buenos para pensar”, olvida que, sin ellos antes y durante, no hay pensamiento posible y que, sin ellos después, no hay pensamiento real.

Criado se esfuerza en hallar vías para limitar el sentido de las interpretaciones, para objetivar lo que puede ser dicho en arqueología y afinar así el saber sobre y para las sociedades. A buen seguro que en este empeño no se hallará solo. El autor plantea, critica e invita y, al hilo de sus envites, ofrece una oportunidad para reconocer y evaluar lo que nos falta por hacer.

Lull, V. 2007: *Los objetos distinguidos. La arqueología como excusa*. Bellaterra. Barcelona.

Lull, V.; Micó, R.; Montón, S. y Picazo, M. 1990: “La arqueología entre la insostenible levedad y la voluntad de poder”. *Archivo de Prehistoria Levantina* XX: 461-474.

Shanks, M. y Tilley, C. 1987: *Re-Constructing Archaeology: Theory and Practice*. Cambridge University Press. Cambridge.

Rafael Micó. Dpto. de Prehistoria, Universidad Autónoma de Barcelona. Edificio B; Facultad de Letras; 08193 Bellaterra. Correo e. Rafael.Mico@uab.cat

Feminismo y arqueología: lo personal es político. Encarna Sanahuja Yll *In memoriam*: Manuela Pérez Rodríguez, Assumpció Vila Mitjá y Trinidad Escoriza-Mateu (coords.). *Arqueología feminista: investigación y política. Homenaje a Encarna Sanahuja Yll. Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2011 (13). ISSN: 1138-9435

Se han cumplido ya tres años de la desaparición de Encarna Sanahuja Yll y, sin que haga falta buscar excusas para hablar de ella, la publicación de este monográfico me parece un buen motivo para reivindicarla en tiempos en los que mujeres con el pensamiento y la claridad de ideas de Sana son tan necesarias. No trataré de recorrer su biografía y obra, que tiene mejores precedentes (Vietri y Briz 2010-2011) o de repasar la trayectoria y situación de las arqueologías feministas, de mujeres y de género en nuestros país, también

con ejemplos recientes (Díaz-Andreu y Montón 2012; Montón e.p.). Revisaré, en cambio, los temas que la preocuparon desde el principio de su trayectoria académica y política, en definitiva vital, todavía hoy parte de las preocupaciones de la mayoría de las mujeres y hombres que consideran el sexo y el género como categorías sociales de primer orden.

A finales de los 1970 y principios de los 80, en muchos de sus trabajos publicados en *Poder y libertad. Revista teórica del partido feminista de España* (Barcelona) Encarna Sanahuja ya había expuesto por dónde irían nuestras inquietudes: el origen del patriarcado, la producción de cuerpos, objetos y mantenimiento, la importancia fundamental de sexual el pasado, la invisibilidad de las mujeres y sus formas de representación o el uso social de la Arqueología. Lo hacía desde el feminismo materialista, sin duda el pensamiento que más influencia ha tenido en la construcción de la arqueología feminista en nuestro país. La lectura de dos de sus libros (Sanahuja 2002, 2007). Nos recuerda su posición ante la vida y ante la Arqueología.

Sin duda, desde finales de los 1980, el impulso dado por un número creciente de investigadoras ha convertido los estudios feministas y de género en uno de los ámbitos más dinámicos de la Arqueología en España tanto en el contexto internacional, como en la realidad particular de la discusión teórico-metodológica peninsular (Montón e.p.).

La publicación dedicada a Encarna Sanahuja es una excelente exposición de las preocupaciones actuales del feminismo materialista en Arqueología. De entre ellas he elegido cuatro para mi reflexión. La primera, conceptual, se refiere al uso de ideas como Arqueologías feminista, de género y de las mujeres, género o sexo y el debate que comportan. La segunda, teórica, considera las aportaciones desde el feminismo materialista ante la producción de cuerpos, objetos y mantenimiento. La tercera, metodológica, defiende la necesidad de sexual el pasado y, la última se relaciona con la representatividad y el valor social de esta perspectiva.

La primera cuestión es un debate antiguo. Casi desde los inicios de las aportaciones feministas a las Ciencias Sociales, se ha discutido el uso de las categorías de sexo y género. Para el feminismo materialista el concepto de género no sirve porque repite el esquema ideológico dominante de las categorías sociales que las políticas dominantes concretas generan y no atiende a una cuestión crucial para muchos feminismos: la diferencia sexual. Por eso es más lógico hablar de la socialización de la condición sexual (Sanahuja 2007: 39). El debate sobre la definición y empleo de estos conceptos aparece en los artículos de Manuela Pérez, Débora Zurro, Assumpció Vilá o Trinidad Escoriza y Pedro Castro en la monografía. Para otras investigadoras, el género supone un complejo sistema de

significado, una categoría social enraizada en los mecanismos por los cuales las personas de una determinada cultura se identifican. En definitiva es un constructo social basado en las negociaciones de las relaciones entre dos sexos, un sistema de comportamientos en continua construcción y evolución (Conkey y Spector 1984). El género, como categoría imprescindible para el análisis histórico, supuso romper con los esencialismos y naturalizaciones que implicaban históricamente las relaciones entre mujeres y hombres: al ser una categoría socialmente construida podía desmontarse y articularse bajo nuevas premisas (Scott 1986, 2010). La contradicción básica que se trasluce, siguiendo a María Cruz Berrocal (2009), está en el tratamiento del género como una realidad biológica, universal, esencial o bien como una construcción social e histórica. Pero desde una y otra perspectiva los conceptos sexo y género se articulan como categorías sociales de primer orden, que interactúan y atraviesan otras categorías sociales como la edad, la clase socio-económica o el grupo étnico (Sanahuja 2007: 41).

Hay una distinción importante en el uso de nociones como Arqueología feminista y Arqueología de género. Las arqueologías feministas (y *queer*) están comprometidas políticamente con el final del patriarcado y, por lo tanto, promueven un cambio de cultura disciplinaria que acabe con sus sesgos sexistas y heterosexistas. En cambio, la Arqueología de Género puede o no tener esa dimensión. Cuando no la tiene, amplía los contenidos de otros marcos interpretativos. Al considerar que la interpretación socio-cultural de la diferencia sexual constituye un principio estructural de las sociedades suma el género al estudio del pasado (Montón e.p.). El segundo de los enunciados tiene que ver con las aportaciones más interesantes del feminismo materialista: el tratamiento a la producción de cuerpos, objetos y mantenimiento y las causas de la subordinación de las mujeres y cómo ésta se concreta en las relaciones de producción y reproducción en las que las mujeres están involucradas. La tradicional categoría de producción ignora el trabajo de las mujeres y la reproducción biológica y tampoco tiene en cuenta que la sexualidad es una fuente orgánica de la sociedad donde las materias primas y medios de producción son los cuerpos humanos con sexo y mente (Sanahuja 2002: 30-31). El análisis del trabajo de las mujeres en las sociedades del pasado ha sido uno de los temas más fecundos en la arqueología feminista en España como expone Débora Zurro (véanse también los artículos de Assumpció Vilá y Manuela Pérez). Definiéndose las denominadas actividades de mantenimiento (Picazo 1997; González Marcén *et al.* 2007; Montón y Sánchez Romero 2008) y potenciándose otras tecnologías como el procesado de vegetales o el textil (Zurro 2006; Piqué *et al.* 2011).

El tercer aspecto que nos interesa, el metodológico, implica que hay que sexual el pasado para poder hablar

de hombres y mujeres en la Prehistoria. Para reconocer en el registro arqueológico a los dos sexos, las autoras del volumen muestran dos vías fundamentales: el estudio de los restos antropológicos y de los referentes simbólicos (ajuares y representaciones figurativas de cuerpos sexuados). Andrea González-Ramírez y Arturo Sáez Sepulveda profundizan en la bioarqueología para estudiar las condiciones materiales de los sujetos sociales, mujeres y hombres. Trinidad Escoriza y Pedro Castro reivindican las representaciones figurativas, como única vía de acceso al conocimiento de las relaciones entre los sexos y a la división sexual del trabajo realmente existente en cualquier sociedad. Pero Encarna Sanahuja (2002, 2007) señala otra vía, más complicada pero factible, relacionada con los lugares de asentamiento. Intenta plasmar las tareas efectuadas en los diversos lugares sociales a partir de la transitividad de los objetos materiales implicados en los procesos de trabajo y de los recursos instrumentales necesarios al efecto. En esta línea Raquel Piqué y Trinidad Escoriza relacionan los contenidos expositivos de los paneles con representaciones figurativas del NE peninsular con las herramientas que aparecen en el registro arqueológico del yacimiento neolítico de La Draga para analizar la división sexual del trabajo y si existe o no un dominio, y explotación, sobre las mujeres desde una perspectiva diferente.

El último elemento que consideraré es la representatividad y el valor social de la arqueología feminista, de las mujeres o de género. Atenderé varios argumentos.

El primero se refiere a la visibilidad de las mujeres, bien a través del uso del lenguaje, como hace Andrea Franulic, bien a través de las representaciones populares, como denuncian Francisca Hornos y M.^a Angeles Querol en su análisis de los museos arqueológicos de Oviedo, Almería, Bilbao, Alicante y el Museo de la Evolución Humana de Burgos. En ambos casos se desvela la imposible neutralidad del concepto “hombre”, que revela la invisibilidad a la que las mujeres hemos estado sometidas en todas las esferas de la vida, el trabajo, o la acción social todo ello con un carácter inherentemente simbólico. Esta no es más que otra de las estrategias de cancelación y negación tan reconocidas históricamente. Como indican Trinidad Escoriza y Pedro Castro (p. 98) “acceder al conocimiento de las relaciones que acontecieron entre los sexos y a las condiciones de vida en general de las mujeres, no debería ser objeto de tanta suspicacia y desconfianza, generando respuestas sexistas e incluso misóginas”. Pero esta es la realidad. La sociedad en la que vivimos ha demonizado todo lo relativo al conocimiento y presencia de las mujeres aprovechando el desconocimiento, utilizando la desinformación y generando estereotipos en los que ni siquiera las mujeres quieren reconocerse pero nuestro alumnado universitario ¿no debería rebelarse contra esa imposición?, en demasiados casos no

es consciente de lo que significa el feminismo ¿No debería la academia afrontar sin miedos la pretensión de igualdad entre mujeres y hombres en vez de, a menudo, ridiculizar e ignorar lo que ha supuesto en la historia de la humanidad las relaciones y las identidades sexuales y de género? Se teme el cambio de modelo y del *status quo* establecido, porque el feminismo reta el conocimiento tradicional, ancestral e impuesto y cuando ese conocimiento no es verdadero, lo desenmascara. El feminismo en Arqueología pretende un cambio disciplinar. Al tema se dedican Assumpció Vilá y Manuela Pérez. La primera se centra en la dimensión científica de la arqueología y en el potencial de la Etnoarqueología como metodología calibradora para el acercamiento a las sociedades del pasado y especialmente a la reproducción como el principal marco estructurador y eje vertebrador de cualquier sociedad. Manuela Pérez pone el acento en las relaciones de la Arqueología feminista materialista con la Arqueología Social y con el Materialismo histórico. A partir de la crítica constructiva de sus postulados, de la revisión del concepto de reproducción y de la aplicación de la Teoría del Valor del Trabajo en Arqueología podemos obtener un conocimiento más real de las sociedades del pasado. Ambas propuestas buscan trascender una Arqueología meramente descriptiva de las sociedades del pasado para responder preguntas cruciales sobre las relaciones entre mujeres y hombres en la actualidad. El texto de Iraida Vargas es buen ejemplo. Explica cómo la arqueología venezolana, al servirse de los postulados de la Revolución Bolivariana, ha logrado cambiar la práctica arqueológica al reconocer al pueblo venezolano como sujeto histórico revolucionario, rompiendo a la vez con la invisibilización femenina en los procesos históricos. El cambio disciplinar no es fácil. Para algunas investigadoras una remoción de tal calibre no puede hacerse desde dentro, mientras que para otras sólo se puede hacer tocando los cimientos. La primera postura tiene el peligro de que las feministas queden excluidas, convertidas en guetos. El riesgo de la segunda es dejarlas atrapadas por las propias dinámicas de la disciplina y conformes con menos de lo que se pretende. Creo que ambas alternativas son válidas. Sólo intentando no quedar relegadas, afrontando los riesgos se puede avanzar. Cada investigadora e investigador deberá decidir su propio camino. Lo que está claro es que esta ecuación sólo se resuelve terminando con el androcentrismo presente en la disciplina.

En definitiva el volumen supone un interesante marco de reflexión, independientemente de si se está de acuerdo en todos o parte de sus postulados. Publicaciones con esta potencia teórica y metodológica son imprescindibles para seguir avanzando en la construcción de una Arqueología más real y más social. El camino abierto por Encarna Sanahuja y otras investigadoras que la acompañaron ya no tiene vuelta atrás. Conocí a Sana personalmente muy tarde, en el 2005,

pero nuestra relación aunque desgraciadamente corta fue intensa. Y sí, me gusta poder apropiarme de los momentos que compartí ella. Preciarme de ellos no es baladí, en un mundo donde las mujeres hemos sido históricamente desposeídas de nuestra genealogía intelectual y política. Yo disfruté de la autoridad femenina que desprendía y compartí con ella conflictos y dudas sobre nuestra disciplina. Es reconfortante poder decir que entre mis referentes, siempre estará ella.

Conkey, M. y Spector 1984: "Archaeology and the Study of Gender". En M. B. Schiffer (ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory* 7, Springer. Nueva York: 1-38.

Cruz Berrocal, M. 2009: "Feminismo, teoría y práctica de una arqueología científica". *Trabajos de Prehistoria* 66 (2): 25-43.

Díaz-Andreu, M. y Montón, S. 2012: "Gender and Feminism in the Prehistoric. Archaeology of Southwest Europe". En D. Bolger (ed.): *A Companion to Gender Prehistory*. Wiley-Blackwell. Malden: 438-457.

González Marcén, P.; Montón, S. y Picazo, M. 2007: "Continuidad y cambio en la cultura material de la vida cotidiana". *Complutum* 18: 175-184.

Montón, S. (en prensa): "The Development of Feminist, Gender and Queer. Archaeologies: A Spanish Perspective". En C. Smith (ed.): *Encyclopedia of Global Archaeology*. Springer. Nueva York.

Montón, S. y Sánchez Romero, M. (eds.) 2008: *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*. British Archaeological Reports, International Series 1862, Archaeopress. Oxford.

Moreno, A. 1986: *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura no androcéntrica*. Lasal. Barcelona.

Picazo, M. 1997: "Hearth and home: the timing of maintenance activities". En J. Moore y E. Scott (eds.): *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester University Press. Londres: 59-67.

Piqué, R.; Vila, A.; Berihuete, M.; Mameli, L.; Mensua, C.; Moreno, F.; Toselli, A.; Verdún, E. y Zurro, D. 2008: "El Mito De "La Edad De Piedra": Los Recursos Olvidados". En T. Escoriza, J. López y A. Navarro (eds.): *Mujeres y Arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico*. Junta de Andalucía. Sevilla: 61-105.

Sanahuja Yll, M. E. 2002: *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra Feminismos. Barcelona.

Sanahuja Yll, M. E. 2007: *La cotidianeidad en la Prehistoria*. Icaria. Barcelona.

Scott, J. W. 1986: "Gender a Useful Category of Historical Analysis". *The American Historical Review* 91(5): 1053-1075.

Scott, J. W. 2010: "Gender: Still a Useful Category of Analysis?". *Diogenes* 225: 7-14.

Vietri, L. y Briz i Godino, I. 2010-2011: "Arqueología de las Mujeres: ciencia para la acción social. El aporte de M.^a Encarna Sanahuja Yll". *KREI* 11: 85-107.

Zurro, D. 2006: "El análisis de fitolitos y su papel en el estudio del consumo de recursos vegetales en la Prehistoria. Bases para una propuesta metodológica materialista". *Trabajos de Prehistoria* 63(2): 35-54.

Margarita Sánchez Romero. Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras. Campus Universitario de Cartuja S/N. 18071 Universidad de Granada. Corre e.: marsanch@ugr.es

Francisco Pelayo López y Rodolfo Gozalo Gutiérrez. *Juan Vilanova y Piera (1821-1893), la obra de un naturalista y prehistoriador valenciano. La donación Masiá Vilanova en el Museo de Prehistoria de Valencia*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica del Museo de Prehistoria de Valencia 114, Diputación de Valencia [Valencia] 2012, XI + 323 pp., ils. n. ISBN: 978-84-7795-627-3; eISSN: 1989-540. http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV114_Juan_Villanova_y_Piera.pdf (consulta 18-v-2013).

Este libro es el resultado de un proyecto alrededor de la figura de Juan Vilanova y Piera (1821-1893), iniciado hace más de dos décadas por Francisco Pelayo López (Investigador del Instituto de Historia del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC-Madrid) y Rodolfo Gozalo Gutiérrez (Profesor Titular del Departamento de Geología de la Universidad de Valencia) junto con el historiador de la ciencia Vicente Salabert Fabiani, lamentablemente fallecido antes de la finalización del trabajo. En el libro que aquí se reseña, los autores se propusieron ofrecer una biografía actualizada de "uno de los naturalistas más importantes de la segunda mitad del siglo XIX, catedrático de Geología y Paleontología de la Universidad Central de Madrid" como una manera de "mejor comprender el panorama científico español de la época, así como conocer de primera mano algunas de las polémicas más importantes de aquel momento, como las relacionadas con la teoría de la evolución" (p. 1).

La publicación está organizada en 8 capítulos, profusamente ilustrados: "Breve noticia biográfica", "Periplo europeo de Vilanova y la concesión de la cátedra de Geología y Paleontología", "Vilanova profesor de la Universidad Central y del Museo de Ciencias Naturales", "Vida académica y divulgación en Vilanova", "Vilanova y las ciencias geológicas", "Vilanova y la arqueología prehistórica" y "Creacionismo y antitarwi-

nismo en Vilanova”, precedidos por una introducción y seguidos por la bibliografía y 8 apéndices documentales (ejercicios de oposición, informes, reclamos de pago, distinciones, manuscritos y un útil catálogo de las obras publicadas por Vilanova).

El capítulo octavo contiene el catálogo del fondo documental “Juan Vilanova” (donación Masiá Vilanova), depositado en el Museo de Prehistoria de Valencia. Este repertorio ordena, sistematiza y pone en valor un legado procedente de una donación familiar entregada a una institución pública en 1985. El legado consiste en una serie de publicaciones, manuscritos y fotografías y, según los autores, su importancia radica en las posibilidades que abre a la investigación para: a) reconstruir las relaciones científicas y personales de Vilanova, es decir, la red social en la que se movía y sus círculos de influencia; b) hacer visible los cambios y contramarchas en el proceso de escritura y publicación o, más aún, aquellos manuscritos de obras que no llegaron a la imprenta; c) estudiar a través de sus apuntes de clases y conferencias, el contenido de las mismas. Los autores, muy acertadamente, remarcan que este legado debe complementarse con el estudio de otras publicaciones y otros fondos, en particular, el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, el del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y los de otras instituciones como la Real Sociedad de Historia Natural. Sin embargo, subrayan también que, a partir de su catalogación, el Fondo Vilanova representa una fuente básica de información sobre la ciencia e instituciones científicas del siglo XIX español. Sin dudas, este tipo de proyectos refuerza la necesidad de valorizar los archivos institucionales y privados y de pensar modelos que integren la investigación científica e histórica con la catalogación y puesta en valor de nuevas fuentes (Kelly y Podgorny 2012) (1).

Podría decirse que, en el libro, la biografía ilustra y explica el catálogo y viceversa. Los sucesivos capítulos nos resumen los libros que Vilanova fue publicando a lo largo de su carrera, listan el nombre y características de las asociaciones de las que participó, de sus aliados y sus contendientes, de los trámites realizados, de sus lecturas y de sus notas de viaje. En esta biografía se pueden destacar varios aspectos: por un lado, uno de los argumentos guía consiste en que la legitimidad de la carrera de Vilanova y la profesionalización de los naturalistas de las ciencias de la tierra y la arqueología

prehistórica deben leerse en conflicto con los intereses de los ingenieros de minas, quienes compartían con ellos un saber topográfico sobre el terreno y, por otro lado, contaban con la capacidad de encontrar durante el desarrollo de las obras públicas testimonios enterrados de la vida del pasado.

En segundo lugar, las tensiones entre los debates sobre la evolución, el origen del hombre y el papel de Vilanova como propagador del movimiento prehistórico a pesar (¿o quizás debido a ellas?) de sus creencias católicas. Estas contradicciones aparentes nos recuerdan que la historia es mucho más sutil que las dicotomías a las que nos acostumbró cierta historiografía. Vilanova aparece inserto en una red de sociabilidad científica y académica que traspasa esas barreras y que parece definirse por el tipo de material que pretende estudiar: mandíbulas, fragmentos de cráneos, instrumentos y utensilios de piedra, metal o hueso.

Por otro lado, el libro provee una visión de la historia de la Prehistoria, de la Geología y de la Paleontología que se aleja pero no esquiva los escenarios en los que suele situarse esta historia. Solamente como ejemplo: los itinerarios biográficos de Vilanova nos recuerdan aquello que los historiadores anglosajones de la Geología por lo general desechan de sus relatos centrados en el actualismo de Lyell (Good 1998). Me refiero a una Geología no gradualista encarnada en la obra de Élie de Beaumont. Vilanova, con sus viajes y períodos de formación en París, nos muestra cómo las ideas y las prácticas de ingleses, daneses y franceses, incluso de grupos aparentemente antagónicos entre sí, terminan amalgamándose o recombinándose, dando forma a otras discusiones y armando otros contextos. En este sentido, figuras como las de Vilanova —así como el trabajo de Peter Rowley-Conwy (2007) sobre la recepción del Sistema de las Tres Edades en Dinamarca, Irlanda y Gran Bretaña— ayudan a entender la complejidad de la circulación de palabras, ideas, libros y artefactos en la configuración de unas disciplinas que deben encontrar parámetros de referencia internacionales o, en otras palabras, anclarse en palabras, dibujos y cosas que puedan compararse más allá de las fronteras (Richard 2008; Hurel y Coye 2011). No por nada Vilanova compra colecciones para llevar a su país y tener a mano los modelos para poder clasificar los hallazgos locales. Por las mismas razones, Vilanova, como muchos otros, participa de comités y congresos en las que se discute la nomenclatura de esas ciencias que se expanden en Europa y más allá con pretensiones de universalidad pero en lenguas nacionales que no siempre se entienden entre sí (Podgorny 2001, 2009).

Los lectores de *Trabajos de Prehistoria* encontrarán en el capítulo “Vilanova y la arqueología prehistórica” una presentación prolija y concienzuda de las discusiones y contexto que enmarcaron y dieron forma a la

(1) Vale la pena destacar que existen diversos programas internacionales que fomentan la salvaguarda y puesta en valor de archivos. Entre los más relevantes, menciono las convocatorias de la Universidad de Harvard para las bibliotecas y archivos latinoamericanos <http://www.drclas.harvard.edu/plala>; el “Programa de Archivos en Peligro” de la British Library <http://eap.bl.uk>; y las iniciativas ADAI destinada a Iberarchivos <http://www.mcu.es/archivos/MC/ADAI/index.html>. Todos consultados el 12-XII-2012.

obra de Vilanova. Desde mi punto de vista se trata de los capítulos mejor articulados, donde el marco internacional— las discusiones francesas e inglesas— se combina magistralmente con el desarrollo y los conflictos de las instituciones españolas. Pero lejos de presentar un mero marco socio-institucional, allí están los aportes y las prácticas de Juan Vilanova, su defensa de la autenticidad de las pinturas de las cuevas de Altamira y su papel fundamental como promotor de la Prehistoria en el mundo científico español.

Para finalizar, una pequeña reflexión acerca de las enseñanzas de este libro: ¿circulan las palabras y los objetos desprovistos de los significados que adquieren en determinados contextos? Allí tenemos un caso, en la Argentina de la década de 1870, donde un coleccionista de objetos prehistóricos de las provincias del norte, católico convencido de la presencia de la cruz y de los apóstoles en América, le manda cráneos, urnas de cerámica y piedras talladas a los materialistas más furibundos de París y de Buenos Aires (Podgorny 2009). Sin lugar a dudas no los unen las ideas. Tampoco les importa mucho qué hará el otro con los resultados del intercambio. Los une, en cambio, el correo y una sociabilidad coleccionista que trasciende esas diferencias y que una historia centrada en las ideas no consideraría menores. Por eso, este libro es una invitación a pensar caminos que nos permitan entender el pasado de la ciencia en toda su complejidad, poniendo a disposición un riquísimo fondo documental para todos los que quieren emprender esa tarea.

- Good, G. 1998: *Sciences of the Earth: An Encyclopedia of Events, People, and Phenomena*. Garland. Nueva York.
- Hurel A. y Coye N. (eds.) 2011: *Dans l'épaisseur du temps, archéologues et géologues inventent la préhistoire*. Éditions du Muséum national d'histoire naturelle (Archives). Paris.
- Kelly, T. y Podgorny, I. (eds.) 2012: *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*. Prohistoria. Rosario.
- Podgorny, I. 2001: "El español de la arqueología: 'no se vea en ella un trabajo literario'", http://congresos-delalengua.es/valladolid/ponencias/nuevas_fronteras_del_espanol/2_el_espanol_de_la_ciencia/podgorny_i.htm (consulta 9-XII-2012).
- Podgorny, I. 2009: *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Prohistoria. Rosario.
- Richard, N. 2008: *Inventer la préhistoire: Les débuts de l'archéologie préhistorique en France*. Vuibert/Adapt. Paris.
- Rowley-Conwy, P. 2007: *From Genesis to Prehistory. The archaeological Three Age System and its contested reception in Denmark, Britain and Ireland*. Oxford University Press. Oxford.

Irina Podgorny. Archivo Histórico del Museo de La Plata/CONICET. Paseo del Bosque s/n. 1900 La Plata. Argentina. Correo e.: ipodgo@isis.unlp.edu.ar

Lawrence Guy Straus y Manuel R. González Morales (eds.). *El Mirón Cave: The Site and its Holocene Archaeological Record*. University of New Mexico Press. Albuquerque, 2012, 472 pp., 163 n. y 29 c. ils., 138 tabs. ISBN: 978-0-8263-5148-7.

Inicié la lectura de esta obra con una predisposición positiva: en la profesión ha cundido la idea de que el esfuerzo de redacción de memorias de excavación no se reconoce en los *curricula*: 'carece de valor'. Escalar en el ranking de 'prehistoriadores solventes' pasa por publicar artículos en 'revistas de impacto', avanzando novedades no siempre acompañadas de sus adecuados contextos y análisis primarios. Si fuera práctico debería aceptar la situación: no lo hago porque estoy convencido de que nuestra disciplina avanza cuando se presentan con rigurosidad los datos empíricos, obtenidos en los trabajos de campo. Esto es lo que nos ofrece el libro: la descripción pormenorizada del registro superior, holocénico, de la cavidad de El Mirón.

Una excavación arqueológica implica una gran responsabilidad: los documentos prehistóricos son finitos, frágiles y complejos. La metodología importa (¡también las bases teóricas!) pero la dedicación, el detallismo, el *savoir faire* en la recuperación es fundamental. La dirección de los trabajos de campo y laboratorio por los profesores L. G. Straus y M. R. González Morales y su coordinación de las analíticas a cargo, entre otros, de J. Altuna, M.^a J. Iriarte, L. Peña-Chocarro, L. Zapata son una garantía a ese respecto.

Formalmente el libro es irreprochable: adecuada presentación, tablas y láminas claras y normalizadas (en la cartografía hay alguna pérdida de resolución -cap 19). La estructura es clásica, en el buen sentido del término. Los editores dan a conocer el sitio, el entorno, el trabajo y los resultados estratigráficos y radiocronológicos, junto con análisis de sedimentología y arqueomagnetismo.

Los siguientes capítulos se reservan para la arqueobotánica (polen, semillas, carbones y fitolitos) y la arqueozoología (micromamíferos, aves, herpetofauna, macromamíferos y cuestiones de tafonomía). El capítulo relativo a los hoyos/fosos insertos en la estratigrafía tendría más sentido en el primer bloque para advertir al lector de las consecuencias de las acciones antrópicas en el registro. El módulo final evalúa las industrias líticas y cerámicas y reflexiona sobre el papel clave de El Mirón en la reconstrucción del pasado de la región. Frente al tradicional desinterés de los paleolíticos por los estratos postpaleolíticos habituales en las clásicas

cuevas del sudoeste de Europa (sea por intereses de la investigación, sea por sus problemas estructurales), es muy acertado que los responsables de El Mirón aprovechen la oportunidad que ofrece la cavidad para evaluar esos tiempos que, en la región, muestran carencias importantes.

Estamos ante “un yacimiento al aire libre en cueva”. Las dimensiones de la boca (16 m de anchura, 19 m de altura y 30 m de profundidad) y su posición en la montaña permiten verla desde el valle. La dinámica de su ocupación postpaleolítica se conoce en otros ámbitos ibéricos: cantábrico (Arenaza), Alto Ebro (Los Husos, Cueva Lóbrega), meseteño (El Portalón de Atapuerca, La Vaquera), pirenaico (Chaves) o mediterráneo (Cendres). Son registros orientados sobre todo a la gestión de la ganadería que, junto a otras manifestaciones, nos trasladan una estructura socioeconómica compleja. Sitios de complicadas estratigrafías, interrumpidas o modificadas por tareas de limpieza, mantenimiento y excavación de estructuras, que requieren lecturas minuciosas, juicios medidos y analíticas perspicaces. Estas son las coordenadas de la obra, donde no se ocultan problemas de pérdida de información, de flotación de las tierras o de inevitable ambigüedad descriptiva (capítulo 17, p. ej.). Se reconoce que las alteraciones estratigráficas (naturales, antrópicas prehistóricas e históricas) “impiden estar absolutamente seguros de la integridad e individualidad de los niveles”. Se admite que no es sencilla la equivalencia entre las secuencias sedimentarias de las áreas de excavación. Tampoco hay duda de los movimientos de materiales entre capas (véanse los capítulos dedicados al arqueomagnetismo, la microfauna o la tafonomía).

Como los autores, creo que la descripción arqueológica de la estratigrafía debe asentarse en las observaciones empíricas y diarias cotejadas en el campo, discutidas/mejoradas por análisis complementarios. En El Mirón los niveles se han definido a partir de ‘juicios de sentido común’ (color, textura o contenido arqueológico). Esta última variable causará cierto recelo. Me parece, en cambio, un criterio lícito siempre y cuando no sea una reconstrucción *a posteriori*, a partir de los resultados analíticos y radiométricos. Varios de los elementos asépticos que aceptamos como válidos –color, textura...– derivan de la propia ocupación humana, es decir, son tan antrópicos como la presencia de tal o cual material arqueológico.

En la compleja estratigrafía se relacionan una treintena de niveles (en un metro de espesor), de superposiciones no siempre continuas, con lentejones y estructuras negativas, insistiendo que su lectura debe de hacerse a la manera de palimpsesto. Exceptuando a Breuil en su estudio de las superposiciones gráficas, el concepto suele emplearse como erróneo sinónimo de revuelto. Pero en paleografía hace referencia a documentos con relatos superpuestos, a una ‘estratigrafía’ de textos que con medios adecuados podrían leerse independientemente. La

estratigrafía de El Mirón reproduce variables comunes a yacimientos con ocupaciones postpaleolíticas avanzadas: sucesión de lentejones con carbón, ceniza, escasez de restos materiales y fauna, evidencias de estiércol y paja, fosos amortizados... Depósitos donde “humanos y sus animales domésticos fueron los principales agentes de la acumulación y la alteración de los sedimentos”.

El proyecto de El Mirón obtuvo 20 dataciones C14 posteriores al 10000 BP (sobre carbón, menos una sobre cereal) que correlacionan niveles y establecen comparaciones regionales. Son valores con lógica secuencial, salvo alguna inversión atribuible al efecto “madera vieja” o al uso de diferentes técnicas de medición. Hay un hiatus entre el 9500 y el 5700: es decir entre el final del Paleolítico y, salvo alguna visita fugaz, mediados del IX milenio, la cavidad se abandonó para reocuparse avanzada la economía de producción (lo que mucho dice sobre los intereses de su uso). La ausencia de capas estériles entre las fases de abandono evidencia la importancia de la actividad humana en la formación de los niveles, mostrando la relevancia, razonada antes, de los elementos antropogénicos en la descripción de los estratos.

Los análisis paleobotánicos han sido minuciosos. El polen define 4 momentos: mesolítico, neolítico, calcolítico y calcolítico-Edad del Bronce. En los dos primeros el dominio de *Corylus*, seguido de *Quercus*, es absoluto. En los otros hay un descenso discontinuo de un bosque en renovación. La información carpológica es escasa pero significativa: el cultivo de 3 variedades de trigo desde el Neolítico sugiere una agricultura desarrollada, constatada en otros depósitos cantábricos (Herriko Barra, Kobaederra...). Residuos de bellotas y avellanas ¿indicarían un consumo humano? Los carbones identifican 17 especies arbóreas, con dominio de *Quercus* (¡el 97% en algún nivel!) y avellano, rosáceas y fresno bien representados. La reconstrucción de los paisajes a partir del carbón y del polen difiere: El Mirón reabre el debate de cómo leer los resultados (el juego *Quercus-Corylus*) y explicar la representación de las especies (tafonomía, elección cultural...).

Las 20 especies de micromamíferos identificadas, introducidas en su mayor parte por aves rapaces, dibujan un escenario de retroceso de bosques en favor de prados y pastizales. La colección de mamíferos mayores es desigual: escasa en el Mesolítico por lo perentorio de la visita y de valor en el Neolítico y Calcolítico con una importante cabaña de oviscaprinos y vacunos. Los rebaños se gestionaban en la cavidad todo el año, aprovechando, desde los inicios, los productos secundarios. Ello nos obliga a repensar la “revolución de los productos secundarios” como se acaba de hacer en el Próximo Oriente ante las evidencias antiguas del uso de tracción animal o consumo de derivados lácteos. También se reabre el debate sobre la posible domesticación local de la vaca a partir de algunas medidas de ejemplares de El Mirón y de Los Cascajos, La Renke

y Sierra de Guibijo, donde participarán los análisis genéticos sobre uros de la región.

El análisis de los componentes industriales visualiza las perturbaciones sedimentarias: recipientes cerámicos cuyos fragmentos se distribuyen en varias unidades estratigráficas, “fósiles directores” líticos paleolíticos en niveles postpaleolíticos... La producción alfarera, elaborada con barro locales, es pobre, de formas sencillas con escasas, y banales, decoraciones: desde el Calcolítico incluye elementos de almacenaje.

Hay 151 elementos retocados en sílex entre más de 8.000 restos. Personalmente creo que el capítulo debe reorientarse: tipológicamente porque la clasificación de los objetos a través de una lista creada *ad hoc* para conjuntos superpaleolíticos resulta incómoda (no es habitual el concepto de microgravette para estas épocas); en las materias primas porque las clasificaciones atienden a caracteres externos (limitados) sin analíticas físico-químicas que respalden las variedades y, en la composición, porque da la impresión de que no pocos de los objetos individualizados no son de estos momentos (es extraña la *gravette* calcolítica de la figura 18.7, o el conjunto de microdorsos y la punta *Font-Ives* asociados a la Edad del Bronce).

La obra tiene fecha del 2012 pero es evidente que su redacción es anterior: las citas bibliográficas posteriores al 2005 son raras y en algún capítulo no superan el 2000. Sin duda esto explica la ausencia de trabajos sobre diversos temas que debieran haber servido de referencia, y tal vez contribuido a mejorar las consideraciones culturales que se ensayan. No obstante, la obra es espléndida, encomiable, necesaria y de consulta obligada. Desde luego estamos ante una labor que debemos aplaudir, cuyo valor supera con creces a tantos artículos de impacto. Es una contribución científica de primer orden.

Alfonso Alday. Área de Prehistoria, Universidad del País Vasco. C/ Tomás y Valiente s/n. 01006 Vitoria-Gasteiz. Álava. Correo e.: a.alday@ehu.es

Alasdair Whittle, Frances Healy y Alex Bayliss. *Gathering time. Dating the Early Neolithic Enclosures of Southern Britain and Ireland.* Oxbow Books. Oxford, Oakville, 2011, 2 vols., 992 pp., 678 figs, 107 tabs. ISBN 978-1-84217-425-8.

Gathering Time es una obra de referencia para entender la transformación metodológica que ha supuesto la aplicación de la estadística bayesiana a la interpretación de la cronología radiocarbónica. Su impacto en la Prehistoria mundial está comenzando a gestarse, pero quizás marque una cuarta -y mucho más interpretativa-revolución del radiocarbono, tras el descubrimiento de

la técnica, la curva de calibración y el AMS. Se trata de dos volúmenes claros, bien escritos y estructurados que pueden ser muy útiles para lectores con intereses diversos. Es una lección transparente de qué es y cómo usar la estadística bayesiana (y del programa OxCal v.3) en la interpretación de las series radiocarbónicas, una excelente recopilación de casos de estudio sobre la historia interna de muchos recintos de fosos neolíticos del sur de Gran Bretaña e Irlanda, una ambiciosa interpretación del Neolítico en las islas, un ejemplo metodológico de cómo abordar un proyecto sobre la cronología absoluta prehistórica a escala interregional y un buen ejemplo de las virtudes e inconvenientes de la arqueología interpretativa contemporánea en habla inglesa. Aviso a navegantes: dadas sus dimensiones, peso y densidad de las materias tratadas, no es una obra apta para su disfrute en el transporte público.

El problema arqueológico que abordan es la definición del origen, uso y dispersión temporal de los recintos de fosos neolíticos en Gran Bretaña e Irlanda. La obra marca un punto de inflexión desde el punto de vista metodológico e interpretativo de la información cronológica. Metodológico, porque utiliza las series radiocarbónicas en su conjunto para reconstruir los procesos históricos mediante el empleo de la modelización bayesiana. Interpretativo, porque dicha modelización permite conocer el grado de verosimilitud de las secuencias planteadas para explicar dónde se inició y cómo se expandió por las islas uno de los fenómenos más generalizados de la Prehistoria reciente europea.

El capítulo 1 –*Gathering time: causewayed enclosures and the early Neolithic of southern Britain and of Ireland*– explica la estructura de cada volumen y los objetivos del proyecto. Éste surge en los primeros años del siglo XXI como consecuencia de una feliz combinación de circunstancias: la publicación monográfica de un buen número de recintos neolíticos y los avances del radiocarbono, con el AMS y la aplicación de la estadística bayesiana. En este escenario los autores se plantearon la posibilidad de utilizar las series radiocarbónicas de estos y otros recintos para conocer y reinterpretar sus trayectorias y tiempos de dispersión, además de para definir, dadas sus cronologías antiguas, las pautas espacio-temporales del proceso de neolitización en Gran Bretaña e Irlanda. Para ello recopilan un total de 2350 dataciones radiocarbónicas procedentes de casi cuarenta recintos de fosos. De todas ellas, 427 son fechas nuevas realizadas en el contexto del proyecto, ampliando casi en un 20% el número total disponible. El objetivo de estas nuevas dataciones se ha orientado a resolver problemas específicos de los yacimientos caso por caso, lo que, además, queda reflejado en los capítulos correspondientes en un apartado específico (*Objectives of the dating programme*). Por establecer un contrapunto, la Península Ibérica cuenta en la actualidad con 325 dataciones radiocarbónicas procedentes de 34 recintos de fosos, menos del 20%

de las cuales proceden de rellenos de fosos, un detalle importante dada la prolongada vida de estos yacimientos. Como descargo, la comparación se realiza con el Usain Bolt del radiocarbono.

El capítulo 2 –*Toward generational time-scales: the quantitative interpretation of archaeological chronologies*– explica las posibilidades del uso de modelos bayesianos aplicados a secuencias radiocarbónicas. Independientemente del resto del libro, este capítulo es recomendable como manual para comprender y realizar modelos bayesianos. Se definen con claridad todos los elementos que forman parte del proceso del modelado estadístico, desde qué es una aproximación bayesiana, cuál es la información que debe contener un modelo y los criterios de selección de la dicha información. En *Gathering Time* se reinterpreta conjuntamente las dataciones de C-14 conocidas con el fin de valorar cuándo se comenzaron a construir los recintos de fosos, el tiempo empleado para ello, durante cuánto tiempo se mantuvieron en activo, cuáles fueron contemporáneos o cómo se fueron transformando. Es decir, una interpretación verosímil de las trayectorias en conjunto a partir de múltiples enfoques biográficos de un buen número de yacimientos. La aplicación de la estadística bayesiana permite aproximarse y discernir cuáles de estos modelos son más verosímiles y el orden de los acontecimientos más probables sobre la base de una información previa conocida que, en este caso, son las propias dataciones y los contextos estratigráficos y materiales a los que se asocian las muestras fechadas.

El grueso de la obra –capítulos 3 a 12– expone, caso a caso, la totalidad de la información cronológica y arqueológica que va a fundamentar la interpretación de la secuencia interregional. Se abordan alrededor de cuarenta recintos de fosos neolíticos de Gran Bretaña e Irlanda. Cada uno cuenta con una introducción geográfica y topográfica, una breve historia de la investigación, una contextualización de las dataciones existentes y una descripción detallada del objetivo del muestreo efectuado en el proyecto y su consecución. Finalmente, se realizan distintos modelos en función de las casuísticas locales. Los autores sugieren alternar su lectura en función de los intereses y el lector español encontrará sin duda algunos yacimientos de renombre entre los analizados, como Windmill Hill, Maiden Castle o Robin Hood's Ball.

El capítulo 13 –*Carbon and nitrogen stable isotope values of animals and humans from causewayed enclosures*– ofrece los resultados de los análisis de isótopos estables de nitrógeno y carbono sobre una muestra algo desequilibrada de huesos animales y humanos procedentes de cuatro yacimientos. Sugieren que no hay evidencias de un uso de recursos marinos y sí de un porcentaje elevado de consumo de proteínas animales, lo que –con la cautela de una muestra aún poco representativa– perfila una economía fundamentalmente ganadera para estos constructores de recintos.

Los dos últimos capítulos constituyen la parte más destacable por su contenido interpretativo y, quizás, la más aconsejable para aquellos interesados en los procesos de neolitización de Europa. Su objetivo es, usando términos de los autores, tejer una narrativa a partir de los hilos cronológicos representados por cada una de las secuencias regionales. De este modo, el capítulo 14 –*Neolithic narratives: British and Irish enclosures in their timescapes*– presenta y discute los inicios de la neolitización de las Islas Británicas. Aunque aceptan que existió un “paquete” neolítico, proponen que realmente fue un paquete “acreciente” (p. 840), creado tras varias generaciones neolíticas. Los primeros recintos de fosos se construirían a finales del siglo 38 cal BC en torno a las regiones meridionales de Inglaterra, probablemente en el estuario del Támesis por primera vez, y no constituyen las primeras evidencias neolíticas en las islas. Su apogeo constructivo se extendería durante unos 120-190 años. El capítulo continúa presentando distintos modelos para interpretar la temporalidad del Neolítico de las islas, partiendo del principio que si bien “todos los modelos son incorrectos, algunos son útiles” (p. 846). En conjunto, tanto este capítulo como el siguiente –*Gathering time: the social dynamics of change*– generan un cierto desasosiego al lector no especializado en la zona. Al expandir el objeto del trabajo al primer neolítico en su conjunto, incorpora un elevado volumen de información arqueológica y de interpretación que hace que un lector no informado (no británico) difícilmente pueda valorar la verosimilitud de sus propuestas. Además, abordan una interpretación a escala europea que provoca cierto vértigo dado que, inevitablemente, pasan por alto los detallados procedimientos que ellos mismos exponen en los diez capítulos dedicados a yacimientos de las islas. Como sucede con los modelos bayesianos, uno debe decidir *a priori* dónde establecer el límite final. Pero, no se equivoque el lector, la narración es extremadamente interesante y rica en matices, útil por sus obvias implicaciones para la Península Ibérica y, sin duda, muy persuasiva.

La mejora en la precisión de la cronología radiocarbónica no ha venido siempre de la mano de mejores diseños de investigación orientados a controlar la calidad contextual de las muestras datadas. *Gathering Time* es un buen ejemplo de que es posible diseñar y llevar a buen puerto un proyecto ambicioso sobre la temporalidad de determinados fenómenos arqueológicos que sea explícito en sus objetivos, claro en su metodología e (inevitablemente) interpretativo en sus resultados.

Verónica Balsera y Pedro Díaz-del-Río. G.I. Prehistoria Social y Económica. Instituto de Historia. CCHS, CSIC. C/ Albasanz 26-28. 28037 Madrid. Correos e: veronica.balsera@cchs.csic.es; pedro.diazdelrio@cchs.csic.es

Raquel Vilaça (coordenação). *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história. Actas das IV Jornadas Raianas (Sabugal 2009)*. Câmara Municipal de Sabugal, Centro de Estudos Arqueológicos das Universidades de Coimbra e Porto (CEAUCP), Instituto de Arqueologia do Departamento de História, Arqueologia e Artes da Faculdade de Letras, Universidad de Coimbra (DHAA da FLUC). Sabugal, 2011, 446 pp. ils. n. ISBN: 978-989-95684-2-6.

En el multiforme complejo de las manifestaciones artísticas de función simbólica inscritas sobre rocas durante los milenios prehistóricos, constituye la Península Ibérica en variedad y número de tales manifestaciones un verdadero continente.

Es ésta una realidad constatada por el cuantioso conjunto de arte rupestre paleolítico, la amplitud de las estacaciones del arte levantino, el vastísimo corpus del esquematismo pictórico en covachas y abrigos, el rico y bien delimitado fenómeno de los petroglifos gallegos, o la singularidad y número de los monolitos y estelas erigidos a lo largo de la Prehistoria reciente. Sin embargo, hay considerable desigualdad en el tratamiento de cada uno de esos ámbitos. Las manifestaciones de la plástica prehistórica en continentes bien precisos, a veces con el apoyo vital de estratigrafías que permiten firmes correlaciones cronoculturales, gozan, como ocurre con las de génesis paleolítica, de una mayor difusión y reconocimiento.

No es este el caso de muchas de las estelas grabadas y modalidades diversas de la protoestatuaria generadas desde un tiempo neolítico maduro hasta los episodios postreros de la Edad del Bronce. Fue precisamente la necesidad de la puesta al día de las investigaciones en marcha en torno a este complejo universo de piedras ilustres lo que impulsara la reunión celebrada en la localidad portuguesa de Sabugal, Beira Alta, en los días 23 y 24 de octubre de 2009, encuentro promovido por el Centro de Estudos Arqueológicos de las Universidades de Coimbra y Porto.

El resultado final de aquellas jornadas se sustancia en diecisiete estudios de diversa intención, según atiendan a ámbitos regionales o de cierta amplitud espacial, el tratamiento monográfico de nuevos documentos, o aproximaciones de síntesis a fenómenos bien caracterizados en su materialidad y marco territorial. Entre los primeros se cuentan las contribuciones de M. Varela Gomes a propósito de la estatuaria antropomórfica del Neolítico final-Calcolítico de la región de Évora, en algunos casos en contextos monumentales tan extraordinarios como Almandres o Portela de Magos, y la ponencia de P. Bueno, R. Barroso y R. de Balbín relativa al copioso repertorio de las expresiones antropomórficas en las placas y estelas de la cuenca del Tajo.

En testimonios de ámbito territorial más concreto o contemplando aspectos muy determinados se centran las aportaciones de J. L. Cardoso sobre la estela femenina de Monte dos Zebros, de D. J. Cruz y A. Tomás con el estudio de las estatuas-menhir da Serra da Nave, de M^a. J. Sánches sobre las lastras antropomórficas de Picote, en Miranda de Douro, de L. Bacelar y M. Reis presentando las estelas de Cervos, en Vila Real, de B. Comendador, V. Rodríguez y A. Mantenga sobre la estela orensana de Tameirón, de P. Fábrega-Álvarez, J. Fonte y F. J. González sobre las estatuas a caballo entre Galicia y Portugal, de R. Vilaça, A. Tomás y S. de Melo sobre las estelas de Pedra da Atalaia, en Guarda, de Vilaça, Tomás y J. Nuno sobre las estelas de Sabugal, de P. Sanabria sobre la estela cacereña de Puerto de Honduras, de M. Zarzalejos, G. Esteban y P. Hevia sobre las estelas de La Bienvenida-Sisapo, en Ciudad Real y, finalmente, de P. Sanabria sobre la estela del Puerro de Honduras, en Cáceres.

Las aportaciones de M. Díaz-Guardamino, reflexiones sobre las estelas y estatuas-menhir de la Edad del Bronce peninsulares; Eduardo Galán, en torno a las estelas “atípicas” del Bronce Final del SO, y de S. Cestino y J. Á. Salgado, una nueva forma de lectura de la distribución de las estelas del occidente peninsular y su desglose diacrónico, son exposiciones de síntesis y de nuevas propuestas interpretativas.

Del conjunto publicado no deja de resultar llamativa la reiterada atención al fenómeno de las estelas del Bronce final del SO, serie monumental cuyo corpus adquiere un visible incremento, en parte a expensas del hallazgo de estelas en territorios que desbordan el marco geográfico tradicional, circunstancia que genera nuevas perspectivas y asociaciones culturales y la necesaria reconsideración de la articulación regional de un fenómeno de tan acentuada singularidad.

Conviene aclarar, sin embargo, lo discutible de la escueta ordenación y enumeración hecha más arriba, puesto que si un rasgo común comparten mayoritariamente las distintas aportaciones es el del esfuerzo por la contextualización de los documentos presentados *ex novo* o ya conocidos; la aplicación del enfoque analítico no en exclusiva a cada estela como una creación cerrada y explicada en sí misma, en sus rasgos formales y contenido iconográfico, si no como parte de un todo complejo en el que se engranan peculiaridades territoriales, tendencia generales y rasgos locales, asociaciones arqueológicas firmes o probables, en muchas ocasiones inciertas, procesos temporales y, como no podía ser de otro modo, la causa originaria de la erección de esa clase de monumentos que de ningún modo hubo de ser unívoca.

En la aceptada raíz común de estelas y protoestatuas se integran vectores tan diferenciados como complementarios o compatibles: lastras brutas inscritas o de talla antropomórfica, ideadas para destacar erguidas, y por ello piedras indicativas de algo esencial o trascendente; hitos

de referencia, monumentos conmemorativos, señales de jurisdicción territorial, marcadores étnicos y, en consecuencia, actuantes como factores de integración social; alusiones a la muerte individual, biológica o social, por ello referentes del pasado, heroización de antepasados directos o míticos, panteón de divinidades desconocidas..., elementos entonces apotropaicos y, por ello, funciones orientadas al futuro.

Aceptado el carácter polisémico del sujeto considerado, en las actas de Sabugal se compendia además el mapa genérico que insiste en la ubicación occidental del fenómeno, como si las expresiones primeras de filiación megalítica sustanciaran una cierta longevidad que con discontinuidades y profundas mutaciones conceptuales, fruto de situaciones culturales y sociales muy distintas, emergiera a lo largo de la Edad del Bronce para cuajar al final de la misma con la exhibición del poder político renovado e identificado en la simbolización entre los siglos X y VIII a. de C. del guerrero, ya visible previamente bajo la pauta atlántica, marcado finalmente por el influjo de la colonización mediterránea.

Pero ese discurso desde las posibles divinidades representadas en el contexto de las sociedades ostentatorias, como calificara Testard a las autoras de los megalitos, hasta las piedras erigidas en un ambiente de jerarquías hereditarias y de exaltación de jefes y guerreros, tropieza en el centro-oeste ibérico con las limitaciones de un brumoso ambiente arqueológico. Quizá nuevos hallazgos en circunstancias más definidas den paso a hipótesis interpretativas de alcance similar a las propuestas en las necrópolis megalíticas alpinas de Petit Chasseur y Aosta (Courboud 2010). En aquellas, la secuencia reconstruida del uso, abandono y empleo repetido de los respectivos cementerios, bien matizada gracias a una precisa deposición sedimentaria, juegan un papel esencial las estelas de figuraciones antropomórficas. Las representativas de un ser superior interpretadas como la alusión a la muerte natural, biológica, podrían en su posterior rotura o destrucción desvelar la muerte social del conmemorado, conducta entendida como compatible con una sociedad de poder político estable, mientras que las estelas o estatuas consagrando a un ser vivo o a un clan, una vez removidas y rotas hablarían tanto de la muerte social como de la física, alternativa acaso delatora de una acentuada competición social (Gallay 2006).

Lamentablemente, desplazamientos, desaparición del entorno monumental contemporáneo, marcados procesos erosivos en vez de la favorable envoltura estratigráfica y sus amplias posibilidades, presentan el ya extenso registro de estelas y protoestatuas del centro occidente peninsular en un hermético plano único. Es en tal horizonte de arrasamiento unificador en el que adquieren mayor mérito los estudios que reseñamos, en los que precisamente se busca la recomposición de los varios planos, del tiempo diferenciado en que se produjeron las diversas intenciones ideológicas, políticas,

sociales, convergentes, como recurso para la materialización de su mensaje, en la aparente simplicidad de las piedras hincadas.

Gallay, A. 2006: *Les sociétés mégalithiques. Pouvoir des hommes, mémoire des morts*. Presses polytechniques et universitaires romandes. Lausanne.

Courboud, P. 2010: "Les steles antropomorphes de la nécropole néolithique du Petit-Chasseur à Sion (Valis, Suisse)". *Bulletin d'études préhistoriques et archéologiques alpines* 21: 1-89.

Testard, A. 2004: *Éléments de classification des sociétés*. Errance. Paris

Miguel Ángel de Blas Cortina. Dpto. de Historia (Prehistoria), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo. Campus del Milán. C/ Teniente Alfonso Martínez s/n. 33011 Oviedo. Correo e: deblas@uniovi.es

Tom Moore and Xosé-Lois Armada (eds.). *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford University Press. Oxford, 2011, xxvii and 690 pp. ISBN: 978-0-19-956795-9.

This splendid and huge volume began its life as a conference and I must congratulate the authors on achieving a publication of this scale and breadth in a relatively short time after the meeting, with 33 separate contributions. As is now customary, we also have to regret the fact that at 105 pounds sterling this is a book no student and probably no lecturers (reviewers excluded!) will actually ever possess, and even some libraries in less well-endowed universities may balk at purchasing it. Since one of its chief virtues is to present the state-of-play and past development of Late Bronze to Iron Age studies in Britain, France, the Low Countries and Iberia, one can hardly argue that it is too specialised for personal use, and one would have wished that all students of Later European Prehistory had been given the opportunity to buy a copy at an affordable paperback price of say 30 pounds sterling. Other commercial publishers have set such a varied price scale with considerable success in extending sales of important books such as this assuredly is.

However, on to the contents. In an excellent lengthy introduction the editors tell us that the original conference was designed to bridge the still rather separate research traditions of the several West European countries concerned, which often seem to work within regional traditions, relying on exclusive bibliographies in their own languages. Kristian Kristiansen's (2001) pioneering research into this counterintuitive isolation syndrome within the European Council is very valid for this initiative. What indeed is to be done about this?

Clearly bringing together both older and younger researchers from these lands was a great idea, but we now approach a conundrum as to what might be expected to emerge from this physical agglomeration? There already existed a long-standing theory of an Atlantic rim society from Bronze Age times, with perhaps precursors in the Neolithic or even Mesolithic epochs, an idea more recently and eloquently presented in many publications by Barry Cunliffe, especially lately in connection with his explanation for the spread of Celtic languages (Cunliffe 2008 – missing from this volume's Introduction). The issues concerned are raised in the Introduction as including debates between generalising approaches versus regionalist for the macro-region, views for and against prehistoric migrations, world system and core-periphery approaches favoured or criticized, and varied views on the role of human agency or on the arguments between social evolutionists and those preferring an ahistorical theory to past societies.

I will not mention the work of individual authors for obvious reasons, but not least because they are uniformly interesting. If we skip to the meat of the matter, what actually *emerges* for the reader after, let us confess, a fascinating 33 chapters' reading? A very varied set of approaches to the LBA-EIA era in Western Europe. There is no single unifying theory or set of theories, and indeed comparing chapters with overlapping themes, disagreements are very clear. This is all to the good, a point I wish to return to. At the most one hears much of a central debate in British Iron Age studies, focussed on the publications of Cunliffe and J. D. Hill, which are summarized as elite central-place versus egalitarian rural community models for the period. Apart from an initial scepticism that such a polarisation is realistic, for anyone who knows the archaeological data, one quickly meets chapters where indeed a middle position is favoured and the weaknesses of these extreme positions are revealed. The same goes for the Iberian world, except that here, whilst relatively egalitarian and elitist societies are argued for, all scholars recognize the *coexistence* of both forms of community in different regions of the peninsula, as well as agreeing that over time the latter form comes to dominate by the Roman conquest. Incidentally one wishes that Barry Cunliffe had been invited to comment on the volume, since his work has been so influential for European Iron Age studies and he has been, together with Simon Keay, a major force in stimulating the rise of the current generation of excellent young Iberian researchers.

The same diversity meets us in other areas of theory. Although some chapters pedal the tired Processualist versus Post-Processualist debate, it is pleasing to see others call for marginalizing this supposed divide in favour of a contextual approach to archaeological research problems, and clearly most if not all scholars combine the specific tools of older and newer schol-

arship. To mention one example, a more pragmatic approach to the question of gender relations in this macro-region and period reveals that there are indeed important questions to be addressed in an objective way about female burials with 'male' items, yet nonetheless in most cases weaponry connotes a masculine ethos and plentiful jewelry that of females. Yet another example is that of Mediterranean civilizational impact on Western Europe in the Iron Age. While "Romanisation" remains a contested if not downright disapproved concept, 'Phoenicianisation' seems widely accepted in Iberia as a pronounced cause of societal transformation in the eastern and southern provinces.

I noted earlier how pleased I was to see a range of often conflicting approaches and interpretations amongst the contributors to this volume, despite the impression it could give that the editors' aims to integrate scholars working in this area and period were a failure. I see it as a sign for a more promising future for Archaeology in general, a model for the way the subject must develop to truly mature. Significantly one of the last chapters characterizes British Iron Age research to the present as bedevilled by dominant rival research schools to the disadvantage of independent thought. I observed in this volume that for me the least convincing chapters were those that were more concerned to argue rival theoretical positions than to engage with what the data are telling us. I have indeed recently written of the decay of the Archaeology Theory movement into a sterile debate over ideology, a modern form of medieval Scholasticism (Bintliff 2011), but this big book raises my hopes, although my reading of its message is not one that may be so clear to the Editors or many of the separate authors.

If we were, as I argued in the paper just cited, to drop the obsession with grand theories of the past, and return to David Clarke's preferred term "model", then I see how this book provides a platform for a new kind of interpretative archaeology. The very diversity of ideas in this book should be viewed as a landscape of potentially useful concepts, all of which are available without prejudice to be used alongside each other in particular case-study applications. A "theory" in archaeology has become a personal commitment to a philosophy or ideology, where the answers are known before the archaeological data are introduced. Now a model in contrast should be ranged with other models, as simplified structures to be tested against the evolving properties of the data for goodness of fit, and one should always be ready to discard one model if it under-performs compared to its rivals. I do not speak of scientific ultimate truth here, but a contingent evaluation of which model or models appear in the light of our available data to make most sense of our empirical information.

Seen this way much of the problematique set by this current volume evaporates into something highly

positive. We don't want to range ourselves as Cunliffites and insist on proving that hillforts were seats of princely power, or Hill-ites and insist that they were ceremonial foci for democratic rural peasants. No, we see these models and more nuanced intermediate forms as a range of structures to test against the data from each hillfort region. This appears already to be the position most Iberian researchers have taken for their LBA-EI Age communities, and here it seems they can help their theory-trapped British colleagues.

Bintliff, J. 2011: "The death of archaeological theory?". *The Death of Archaeological Theory?*. In J. L. Bintliff and M. Pearce. Oxbow Press. Oxford: 7-22.

Cunliffe, B. 2008: *Europe Between the Oceans*. Yale University Press. New Haven and London.

Kristiansen, K. 2001: "Borders of ignorance: research communities and language". Z. Kobyliński (ed.): *Quo Vadis Archaeologia?*. ESF, Polish Academy of Sciences, Foundation 'Res Publica' Multiethnica. Warsaw: 38-44.

John Bintliff. Leiden University, Faculteit Archeologie, Mediterranean Archaeology WSD. Reuvensplaats 3-4. 2311 BE Leiden. The Netherlands.
E-mail: j.l.bintliff@arch.leidenuniv.nl